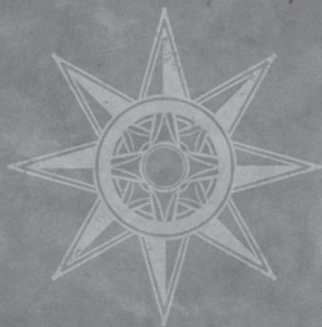


CALLIE HART

Quicksilver

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS



CIELO AJUN

ELOJO
DE LA MEDIANOCHE

BOSQUE
MIMBRE



EL PALACIO DE INVIERNO

YVELIA

CAHLISH

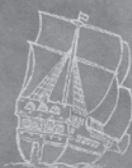


OMNAMERRIN

IRRIN

ISLA TARRAN ROSS

DIGNOESTE



AMMONTRAETH

SANASROTH

LA BRECHA



TIERRAS
DEL CÍAN BAHLOQUDDER

GILARIA

MONTAÑAS BAJAS

EL
ZURCUDO



GILLETHRYE
BALLARD

INISHTAR



ELESCUDO

LÌSSIA



JAMÁS LO OLVIDES...

LOS MONSTRUOS PROSPERAN

EN LA OSCURIDAD.

ATESORA EN TU MEMORIA

TODO LO QUE AQUÍ LEAS.

¡¡PREPÁRATE

PARA LA GUERRA!!



GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

PERSONAS

Saeris — Sa-eris

Rusarius — Ru-sa-rius

Omnamshacry — Om-nam-sha-crai

Iseabail — I-sha-bel

Belikon — Be-li-cón

Oshellith — Oh-she-liz

Taladaius — Ta-la-dai-us

Daianthus — Dai-an-zus

Lorreth — Lor-rez

Clan Balquhidder — Clan Bal-ki-der

Te Léna — Tei Le-nah

Danya — Dan-yah





LUGARES

Zilvaren — Sil-va-rén

Yvelia — I-ve-liah

Cahlish — Cal-lish

Sanasroth — Sa-nas-roz

Gilaria — Gi-la-ria

Lissia — Lís-sia

Ammontraíeth — Ah-mon-trei-ez

Omnamerrin — Om-na-mer-rin





MURO ARRIBA

—¿Sabes una cosa? En realidad, no hay motivo alguno para tanta violencia.

En la ciudad de Zilvaren, era bien sabido que mentirle a un guardián significaba la muerte. Yo era consciente de ello de un modo mucho más directo y doloroso que la mayor parte de los demás zilvarenos. Hacía justo un año, había presenciado cómo uno de los hombres de la reina, con su armadura de lámina de oro, había destripado a mi vecino por mentir sobre su edad. Y, antes de eso, algo mucho peor: me había quedado plantada a media calle, en silencio, mientras le rajaban la garganta de oreja a oreja a mi madre y por la herida se derramaba un chorro de sangre caliente de campesina sobre la arena tostada por el sol.

La mano del apuesto guardián se cerró en aquel momento en torno a mi cuello. Su guantelete de hermosos grabados reflejó el resplandor de las Gemelas, los dos soles que brillaban en las alturas, como si de un espejo dorado se tratara. Fue un milagro que yo no cediera al momento y le soltara todos mis secretos igual que se desparrama un fruto demasiado maduro al abrirse. Sus dedos de puntas metálicas se clavaron más profundamente en el hueco de mi garganta.

—Nombre. Edad. Distrito. Desembucha —dijo con un gruñido—. A los ciudadanos de baja estofa no se les permite la entrada al Núcleo.

Al igual que la mayoría de ciudades, Zilvaren, Magno y Resplandeciente Estandarte del Norte, tenía forma de rueda. Alrededor del perímetro exterior de la ciudad, los diferentes radios —muros diseñados para mantener a la gente dentro de sus distritos— se alzaban hasta una altura de cincuenta metros, por encima de los barrios pobres y las alcantarillas anegadas.

El guardián me zarandeó con impaciencia.

—Que respondas, chica, o yo mismo me encargaré de arrojar-te directamente por la quinta puerta del infierno.

Golpeé con la palma de la mano, sin mucha fuerza, su guantelete, totalmente incapaz de librarme de él. Esbocé una media sonrisa, puse los ojos en blanco y los alcé hacia aquel cielo blanco como el hueso.

—¿Cómo... carajos... voy a contarte nada... si no puedo... respirar?

Los ojos oscuros del guardián rebosaban pura ira. La presión que aplicaba a mi tráquea no hizo sino aumentar.

—¿Tienes idea del calor que se acumula en las celdas de palacio durante el ajuste, ladrona? Sin agua, sin aire fresco... El hedor de los cuerpos en descomposición basta y sobra para hacer vomitar a un alto ejecutor. Hazme caso, no tardarías ni tres horas en morir.

Pensar en las celdas de palacio me puso en mi sitio. Ya me habían agarrado robando una vez y me habían enviado allí durante un total de ocho largos minutos. Y con ocho minutos había bastado. Durante el ajuste, el momento en que los dos soles que representan a las diosas gemelas Balea y Min están más cerca el uno del otro y el aire de la tarde tiembla de calor, verse atrapada en ese infecto agujero que hace las veces de prisión bajo el palacio de la reina inmortal no tiene nada de divertido. Y además, yo hacía mucha falta en la superficie. Si no regresaba antes del ocaso, el trato que me había pasado horas negociando la noche anterior quedaría roto. Sin trato no habría agua y, sin agua, mis seres queridos sufrirían.

Así pues, por más fastidioso que fuera, cedí.

—Lissa Fossick. Veinticuatro. Soltera. —Le guiñé un ojo y el muy bastardo apretó aún más. El cabello negro y los ojos azules no eran rasgos comunes en la Ciudad de Plata, así que seguramente me recordaría. La edad que le dije era auténtica, así como mi patético estado civil, no así el nombre. De ninguna de las maneras iba a darle mi nombre real por las buenas. Ese cabrón se cagaría en los calzones al enterarse de que tenía agarrada a la mismísima Sae-ris Fane.

—¿Distrito? —preguntó el guardián.

Por los dioses vivos. Cuánta insistencia. Estaba a punto de arrepentirse de haber preguntado.

—Tercero.

—¿Ter...?

El guardián me arrojó de un empujón a la arena ardiente. Granos muy calientes me abrasaron la garganta al tragarlos accidentalmente. Respiré entre dientes y me cubrí la boca con la manga de la camisola, pero así no había manera de filtrar por completo la arena; un par de granitos se las arreglaron para pasar por entre la tela. El guardián retrocedió unos pasos.

—Los residentes del Tercer Distrito están en cuarentena. El castigo por abandonar el distrito es... es...

No había castigo por abandonar el Tercero porque nadie lo había abandonado jamás. Aquellos lo bastante desgraciados como para tener que sobrevivir a duras penas en los sucios callejones y apestosas callejuelas de mi hogar solían morir antes siquiera de que se les ocurriera la idea de escapar.

La ira del guardián, que se cernía de pie sobre mí, se convirtió en algo más parecido al miedo. Fue entonces cuando me percaté del pequeño morral de la peste que le colgaba del cinto y comprendí que, al igual que muchos otros zilvarenos, era creyente. Con un espasmo, presa del pánico, alzó el pie y estrelló la suela del zapato contra mi costado. El dolor me dejó sin respiración al tiempo que él volvía a levantar la bota, listo para darme otro golpe. No era ni de lejos la primera paliza que me daban. Yo era capaz de

aguantar patadas tan bien como cualquier otro rufián esclavizado, pero aquella tarde en concreto no tenía tiempo para amoldarme a los caprichos de un fanático seguidor de Madra. Me estaban esperando y se me acababa el tiempo.

Con un rápido giro y un salto hacia adelante, agarré al guardián justo por debajo de la rodilla, una de las pocas partes donde no llevaba la protección de la armadura dorada. Las lágrimas asomaron a mis ojos, rápidas, calientes. Creíbles. La verdad es que fue una actuación bastante sólida pero, claro, es que yo tenía mucha práctica.

—¡Por favor, hermano! ¡No me obligues a volver allí! De lo contrario, moriré. Toda mi familia sufre de temblores. —Solté una tos para dar más énfasis, un crujido seco que no se parecía en nada a las toses húmedas y congestionadas de los que ya estaban medio muertos. Él contempló la parte donde mi mano se cerraba sobre la tela de sus pantalones, boquiabierto de terror.

Un segundo después, la punta de su espada me perforó la camisola justo entre los pechos. Habría bastado aplicar un poco de presión en la empuñadura del arma para que yo no fuera más que otra ladrona muerta, desangrándose en las calles de Zilvaren. Pensé que iba a hacerlo..., pero entonces vi que estaba sopesando la situación y comprendía lo que iba a tener que hacer a continuación si me mataba. En otros distritos, sí se dejaba a los muertos para que se pudrieran en plena calle, pero la situación era bien diferente en las frondosas aceras ribeteadas de árboles del Núcleo. Quizá las élites adineradas de Zilvaren no pudieran mantener a raya la arena que traían los vientos calientes occidentales, pero desde luego no tolerarían que una rata enferma de peste se descompusiera groseramente en una de sus calles. Si aquel guardián me mataba, tendría que encargarse de deshacerse de mi cadáver enseguida. Y, a juzgar por su semblante, no tenía ninguna gana de emprender una tarea tan ardua. Lo cierto era que, si yo era del Tercero, resultaba mucho más peligrosa que cualquier raterilla común y corriente. Era contagiosa.

El guardián se arrancó de la mano el guantelete, así como el guante de abajo —de la misma mano con la que casi me había estrangulado— y los arrojó a la arena. El metal bruñido emitió un zumbido constante al golpear el suelo. Un sonido que me reverberó en los oídos. Y así, todos mis planes se echaron a perder. Me habían atrapado mientras hurtaba un poco de hierro retorcido de un puesto del mercado. Había considerado mis posibilidades y me había planteado los riesgos, consciente de que aquel diminuto lingote me proporcionaría bastantes beneficios. Sin embargo, aquello..., un metal tan precioso, tirado ahí en el suelo, como si no valiera nada... No pude resistirme.

Me puse en movimiento con una velocidad que el guardián no esperaba. Con una maniobra ágil y explosiva, me abalancé sobre el guantelete y lo agarré, con la vista fija en las dos grandes piezas de metal. El guantelete era asombroso; lo había forjado un maestro con gran habilidad. Los pequeños aros de oro se entrelazaban hasta formar una cota de malla notoriamente impenetrable, ya fuera por la espada o mediante magia. Sin embargo, el peso del guantelete, la sólida cantidad de oro que componía aquella parte de la armadura... Jamás volvería a sostener semejante cantidad de oro entre las manos.

—¡Quieta! —El guardián se lanzó sobre mí, pero fue demasiado tarde. Ya me había apoderado del guantelete. Me lo había puesto en la mano y ajustado a la muñeca. Y ya me dirigía a toda prisa hacia el Núcleo, tan rápidamente como podía mover las piernas—. ¡Detengan a esa chica!

El grito del guardián reverberó por el patio adoquinado con un eco estentóreo, pero nadie le hizo caso. La multitud que se había reunido para presenciar el espectáculo cuando me capturó se había dispersado como niños asustados en el mismo momento en que yo había pronunciado la palabra «Tercero».

Un recluta tenía que seguir un entrenamiento formidable antes de que lo aceptaran en la guardia de la reina Madra. Quienes eran seleccionados para el extenuante programa de dieciocho me-

ses se veían sometidos repetidamente a ahogamientos que casi los mataban, o bien a palizas brutales mediante todos y cada uno de los sistemas de artes marciales registrados en las polvorientas bibliotecas de la ciudad. Cuando se graduaban, eran capaces de tolerar un grado inimaginable de dolor y tenían tal dominio de sus armas que eran invencibles en una pelea. Eran máquinas. En los cuarteles, en el patio de entrenamiento, yo no podría durar ni cuatro segundos contra un guardián entrenado en condiciones. El orgullo de la reina Madra exigía que sus guardias fueran los mejores de entre los mejores. Sin embargo, el orgullo de Madra también era un monstruo hambriento e insaciable. Sus hombres no solo tenían que ser los mejores. También debían tener el mejor aspecto, y eso implicaba que la armadura de un guardián no era lo que se dice liviana. Sí, en un patio de entrenamiento, el idiota que me había atrapado robando hierro me habría reducido en un instante. Pero aquello no era un patio de entrenamiento. Estábamos en el Núcleo, y era la hora del ajuste, y aquel pobre cabrón tenía una armadura ceremonial que más bien le daba el aspecto de un pavo relleno para las festividades.

Con el peso de todo ese metal no iba a poder correr.

No iba a poder ni caminar a paso rápido.

Y, por mi madre, lo que no iba a poder hacer ese cabrón era trepar.

Me eché a correr hacia el muro oriental, moviendo brazos y piernas tan rápidamente como me permitían los dolores de todo el cuerpo. Salté al aire y choqué contra los desgastados bloques de arenisca del muro. El impacto me hizo expulsar todo el oxígeno de los pulmones.

—Ay, ay, ay.

Me sentía como si Elroy hubiera agarrado un mazo de su forja y me hubiera golpeado el plexo solar con él. No me atreví a pensar en los moretones que tendría a la mañana siguiente al despertar... Si es que despertaba. No me quedaba tiempo. Clavé los dedos en un hueco estrecho entre los pesados bloques de arenisca, apreté

los dientes y me impulsé. Mis pies arañaron la superficie en busca de agarre. Lo encontraron. Pero mi mano derecha...

Aquel maldito guantelete.

Qué mal lo habían diseñado.

El oro repiqueteó con una resonancia que era un canto de sirena mientras yo lo golpeaba contra el muro en un intento de agarrarme a algo que me ayudara a impulsarme aún más. Mis dedos, hábiles y delgados, hechos para forzar cerraduras, quitar pasadores de ventanas y jugar con el denso cabello de Hayden, no servían de nada si no podía mover la muñeca. Y ese era el caso.

«Mierda».

Si quería vivir, no había nada que hacer. Iba a tener que soltar el guantelete. Sin embargo, esa idea era ridícula. El guantelete debía de pesar cerca de dos kilos. Dos kilos de metal. No podía dejarlo atrás. Aquel guantelete era más que una pieza de armadura robada. Era la educación de mi hermano. Tres años de comida. Un boleto de salida de Zilvaren, hacia el sur, al lugar donde los vientos implacables que soplaban por las colinas secas eran veinte grados más frescos que en la Ciudad de Plata. Y nos sobraría suficiente dinero para comprar una casita si se nos antojaba. Nada demasiado elegante; bastaba con que no entrara el agua al llover. Algo que yo pudiera dejarle a Hayden cuando me atraparan los guardianes. No «si me atrapaban», sino «cuando me atraparan», porque era inevitable.

No, dejar caer aquel guantelete me costaría algo mucho más valioso que mi vida. Me costaría la esperanza, y no pensaba entregar algo así. Antes prefería arrancarme el brazo.

Así pues, seguí ascendiendo.

—¡No hagas ninguna locura, chica! —gritó el guardián—. ¡Te vas a caer antes de haber subido siquiera la mitad del muro!

Si el guardián regresaba a los cuarteles sin el guantelete, iba a sufrir las consecuencias. Yo no tenía ni idea de cuáles serían esas consecuencias, pero no iban a ser agradables. Por mí, podrían cortarle las manos al muy cabrón y enterrarlo hasta el cuello en la arena en medio del calor del ajuste. Yo pensaba irme a mi casa.

El dolor reverberaba por mis dedos, me subía por el brazo como una cuerda en llamas y me abrasaba el hombro mientras yo seguía subiendo, pataleando, muro arriba. Me dirigí hacia una parte de la piedra que parecía erosionada pero estable. O, al menos, tan estable como era de esperarse. Con el suficiente tiempo, el viento era capaz de erosionarlo todo en esta ciudad, y llevaba milenios mordisqueando a Zilvaren entera. Aquella arenisca era engañosa. Los muros y estructuras de la ciudad parecían robustos, pero no lo eran en absoluto. Se sabía que, en cierta ocasión, una buena patada había derrumbado un edificio entero. No es que yo fuera tremendamente pesada, pero tampoco era un alfiler. Al lanzarme repetidamente contra aquel muro, estaba poniendo en peligro tanto mis extremidades como mi vida.

Salté y se me subió el estómago a la garganta mientras atravesaba el aire... y luego se me encogió como un puño cuando impacté contra el muro. La adrenalina se me derramó por la sangre, pues sucedieron tres milagros al mismo tiempo.

Primero: el muro aguantó.

Segundo: conseguí aferrarme a un agarre impresionante con la mano izquierda.

Tercero: no se me salió el hombro.

El pie. Afianza el pie. El p...

Mierda.

El corazón se me subió a la garganta en el momento en que la planta de mi pie izquierdo resbaló contra el muro y se me quedó todo el cuerpo oscilando.

A mis pies se oyó una voz suave y femenina que ahogaba un grito en medio del silencio. Supongo que, a fin de cuentas, sí tenía espectadores.

No miré hacia abajo.

Tardé un instante en estabilizarme. Solté una serie de maldiciones fruto de la tensión antes de sentirme lo bastante segura como para volver a respirar.

—¡Chica, te vas a matar! —gritó el guardián.

—Puede, pero ¿y si no me mato? —le respondí.

—¡Pues habrás perdido el tiempo de todos modos! ¡No hay un solo traficante en esta ciudad que sea lo bastante estúpido como para comprar una pieza de armadura robada!

—¡Vamos! ¡Conozco a uno o dos que estarían dispuestos!

La verdad es que yo no conocía a nadie. Daba igual cuánta escasez hubiera, daba igual cuántas familias murieran de hambre o de enfermedad: ni un solo habitante de Zilvaren se atrevería a traficar con algo tan peligroso como el guantelete que me había puesto en el antebrazo. Pero me daba igual. Yo no pensaba intentar venderlo.

—De verdad que no te voy a perseguir. Tienes mi palabra. ¡Suelta el guantelete y podrás marcharte!

Se me escapó una risa que era más bien un gruñido. Y había quien decía que los guardianes no tenían sentido del humor. Aquel tipo era un maldito bufón.

Otro salto. Otra sacudida acompañada de una punzada de dolor. Calculé la trayectoria lo mejor que pude, asegurándome de nuevo de apuntar a la sección de piedra menos hundida. Por fin me encontraba a suficiente altura sobre las calles del Núcleo, así que me permití el lujo de esperar un instante para recuperarme. Si cambiaba el guantelete de brazo, ¿se me caería? Y, lo que era más importante aún, ¿sería capaz de sujetarme al muro con el brazo más débil mientras realizaba el cambio? Había demasiadas variables que tener en cuenta y muy poco tiempo para hacerlo.

—¿Cómo piensas bajar por el otro lado, niña?

¿Niña? ¡Ja! Qué agallas tenía el muy cabrón. Ahora gritaba con menos fuerza. Yo había ascendido unos quince metros..., lo suficientemente alto como para ver la parte superior del muro. Y lo suficientemente lejos de la calle como para que me brotara un sudor frío en la nuca al mirar hacia abajo.

El guardián tenía toda la razón. Bajar por el muro iba a ser igual de peligroso que subir, pero es que el chivo expiatorio de la Reina Imperecedera que me esperaba ahí abajo era de buena cuna.

Había crecido en el Núcleo. Sus padres nunca habían tenido que echar el cerrojo de la puerta por la noche. Ese hombre jamás se había planteado trepar por los muros que lo protegían de la ingrata e infecciosa chusma del otro lado. Yo me había pasado media vida corriendo por lo alto de aquellos muros, pasando de un distrito a otro, encontrando el modo de colarme en lugares donde no me estaba permitida la entrada.

Se me daba bien.

Y, sobre todo: me resultaba divertido.

Acabé el ascenso en menos de dos minutos. El guantelete golpeó contra la diminuta duna de arena acumulada en la parte superior del muro. Me impulsé sobre el borde y varios granitos de cuarzo empezaron a vibrar, temblando en el aire a un milímetro sobre la arcilla, en cuanto el oro empezó a cobrar vida.

Me quedé helada, con el aliento atrapado en los pulmones. La peculiar escena me había dejado sin respiración.

El guantelete susurró y empezó a balancearse al tiempo que yo me erguía hasta quedar sentada a horcajadas sobre el muro. Las partículas de cuarzo se elevaron más y más y más.

«Ella nos ve».

«Ella nos siente».

«Ella nos ve».

«Ella nos siente».

«Ella...».

Le di un manotazo al guantelete y la pieza de armadura guardó silencio. Las resplandecientes motas de cuarzo volvieron a caer a la arena.

—¡Te encontraré, chica! ¡Lo juro! ¡Suelta ese guantelete o tendrás en mí un enemigo para toda la vida!

Ahí estaba por fin: un dejo de pánico en la súplica del guardián. La realidad de la situación lo había golpeado. Yo no iba a morir de una caída. Y tampoco se me iba a caer accidentalmente el guantelete que él mismo había arrojado al suelo, asqueado, al darse cuenta de que había tocado a una rata de la peste.

Me había escapado de entre sus dedos, y no había nada que él pudiera hacer al respecto, aparte de gritarle amenazas a un fantasma en el cielo. Porque eso era yo; un fantasma que ya se había marchado. El muy idiota de ahí abajo no iba a ser el primer enemigo que me ganaba entre los hombres de Madra, pero no pensaba volver a dedicarle ni un solo pensamiento. Estaba ocupada imaginando todas las cosas increíbles que iba a forjar con su impresionante guantelete.

Pero antes pensaba fundir hasta el último gramo de oro de aquella gloriosa pieza.



VIDRIERO

— No. De ninguna de las maneras. Aquí no. En mi fragua, ni hablar.

Elroy me contemplaba como si yo fuera una serpiente de cuatro cabezas... y no estuviera seguro de cuál de las cuatro lo atacaría primero. Yo ya había encontrado un millón de maneras distintas de enojar al anciano un millón de veces, pero aquella mirada de desaprobación era nueva. Tenía un semblante de decepción y miedo por partes iguales. Durante un brevísimo instante, me pregunté si habría sido buena idea llevar el oro a su taller.

Pero, por otro lado, ¿adónde iba a llevarlo si no? La buhardilla sobre la taberna, en la que Hayden y yo habíamos dormido durante las últimas seis semanas, estaba infestada de cucarachas yapestaba más que la madriguera de un tejón de arena. Habíamos encontrado una entrada al Espejismo por un agujero del tejado roto. Guardábamos silencio cuando nos metíamos a hurtadillas allí arriba a dormir entre cajas de vino podridas y olvidadas hacía mucho tiempo y rollos de tela pesados y apolillados. Hasta el momento, no nos habían descubierto. Sin embargo, ni mi hermano ni yo éramos estúpidos. Solo era cuestión de tiempo que nos encontraran; los propietarios de la taberna nos echarían de su buhardilla a punta de espada. No tendríamos ni tiempo de recoger nuestras pertenencias. Por otro lado, no teníamos más pertenencias que la ropa que llevábamos. Esconder el guantelete allí habría

sido una estupidez. El taller de Elroy era el único lugar adonde lo podía llevar. De todas formas, yo necesitaba usar sus fraguas. No tenía alternativa. Si no fundía el metal y lo convertía en algo distinto (y, malditos fueran los dioses, con rapidez), aquel guantelete acabaría siendo una piedra de molino en mi cuello con la que me torturarían antes de matarme.

—Bastante malo fue tener que decirle a Jarris Wade hace una hora que no estabas aquí. Estaba furioso. Me dijo que rompiste no sé qué trato de negocios que tenías con él. Pero ahora te cue- las por aquí con esa cosa. ¿En qué demonios estabas pensando? —La desesperación que impregnaba la voz de Elroy consiguió que me arrepintiera de haberle enseñado el guantelete—. ¿Por qué te lo llevaste? Las víboras de Madra van a peinar hasta el último centímetro de este sitio hasta encontrarlo. Y cuando lo encuentren, te van a flagelar en la plaza y te arrancarán la piel entera delante de todo el mundo. Y Hayden estará ahí mismo, a tu lado. Y yo... yo... aunque crean de verdad que no tuve nada que ver con esto, me cortarán las manos por haberte dejado entrar bajo mi techo con esa cosa. ¿Y cómo crees que voy a ganarme la vida si no tengo manos, niña estúpida?

Elroy trabajaba con el vidrio. Dada la abundancia de arena que tenía al alcance de la mano, había dedicado su vida a convertirse en el mejor vidriero y cristalero de todo Zilvaren. Sin embargo, solo quienes vivían en el Núcleo eran lo bastante ricos como para permitirse el lujo de tener ventanas de cristal. Y había gente en el Tercero que necesitaba otros objetos que podían fabricarse en una forja. En su día, Elroy forjaba armas ilícitas para las bandas rebeldes que luchaban para derrocar a Madra. Espadas de filos toscos hechas con virutas de hierro, pero, sobre todo, cuchillos, cuyas hojas eran más cortas y requerían menos acero. Y aunque el arrabio que producía era de calidad ínfima, se podía afilar lo suficiente como para despacharse a cualquier hombre. Sin embargo, a medida que pasaban los años, la vida de los insurgentes de la ciudad se había vuelto insostenible.

Era imposible encontrar comida fresca. En las calles, los niños se sacaban los ojos unos a otros por un pedazo de pan duro. Ahora, el único modo de sobrevivir en el Tercero era el trueque o el comercio... o bien susurrando secretos de los vecinos al oído de cualquier guardián. Como residente del Tercero, si no estabas muerto o moribundo, estabas hambriento. Y había pocas cosas que una persona hambrienta no hiciera para aplacar el dolor de un estómago vacío. Después de escapar del peligro por los pelos demasiadas veces, Elroy había declarado que no pensaba forjar ni uno solo más de aquellos puñales dañinos y afilados como cuchillas. También me prohibió volver a forjarlos a mí en su taller. Íbamos a ser vidrieros y nada más.

—Estoy pasmado. Pasmado de verdad. Es que no me explico en qué cabeza cabe... —El anciano negro, incrédulo—. No sé en qué estabas pensando. ¿Tienes la menor idea de la ruina que nos buscaste a todos?

Cuando yo era pequeña, Elroy era todo un gigantón. Una leyenda incluso entre los criminales más peligrosos que corrían por el Tercero. Más alto que la mayoría, con unos músculos en la espalda que abultaban su camisa manchada de sudor. Había sido toda una fuerza de la naturaleza. Una columna de piedra extraída de una montaña. Inamovible. Indestructible. No había sido hasta hacía poco cuando yo había comprendido que estaba enamorado de mi madre. Después de que la mataran, poco a poco, pasito a pasito, vi cómo Elroy se marchitaba, cómo iba menguando. Hasta convertirse en una sombra. El hombre que estaba ahora ante mí era apenas reconocible.

Su mano callosa se estremeció al señalar el metal pulido que destellaba como el pecado, sobre la mesa, entre nosotros.

—Lo vas a devolver. Eso es lo que vas a hacer, Saeris.

Un resoplido de pura risa se me escapó.

—Bien saben los dioses olvidados y los malditos cuatro vientos que no pienso hacer tal cosa, sobre todo después de lo que pasé para conseguirlo. Casi me rompo el maldito cuello...

—Yo sí te voy a romper el cuello si esa cosa no sale de aquí en los próximos quince minutos.

—¿De verdad crees que me voy a acercar al puesto de centinelas a entregarlo...?

—No seas estúpida. Dioses, ¿por qué tienes que ser tan estúpida? Vuelve a escalar ese muro y tíralo al Núcleo en cuanto se pongan las Gemelas. Alguno de esos cabrones endogámicos lo encontrará y se lo devolverá a los guardianes sin pensarlo dos veces. Ni siquiera se darán cuenta de lo mucho que vale esta cosa.

Apreté los dientes y crucé los brazos, intentando ignorar lo mucho que resaltaban mis costillas bajo la tela de la camisola. Tenía la piel impregnada de sudor. Estaba perdiendo una humedad que no podía permitirme perder. Había escondido mi ración de agua dentro de una pared en la buhardilla del Espejismo... No quería arriesgarme a que alguien intentara arrebatármela a la fuerza mientras me dedicaba a robar. Y, por supuesto, en el taller de Elroy hacía el mismo calor infernal de siempre.

No sabría decir cuántas veces me había desmayado ante esos fuelles. No tenía la menor idea de cómo había sobrevivido Elroy. Durante un instante, le concedí el respeto que se merecía y consideré su petición. Luego fantaseé con el tacto de una fresca brisa del sur, con el peso delirante de tener el estómago lleno, con la felicidad absoluta de un colchón de plumas, con cómo sería un futuro junto a Hayden. Ante todo eso, el afecto que sentía por el hombre que en su día amó a mi madre se redujo hasta quedar en nada.

—No puedo hacer lo que me pides.

—¡Saeris!

—No puedo. Es que no puedo. Sabes que no podemos seguir así...

—¡Lo que sé es que pasar penurias para sobrevivir aquí es preferible a desangrarte en medio de la maldita arena! ¿O acaso es eso lo que deseas? ¿Quieres morir en la calle delante de Hayden? ¿Quieres que tu cuerpo se pudra en la alcantarilla, como el de tu madre, hediendo y siendo alimento de los cuervos?

—¡Sí! ¡Claro que sí, eso es justo lo que quiero! —Di un puñetazo sobre la mesa y el guantelete saltó. Una cascada arcoíris se reflejó en las paredes—. Sí, quiero morir y arruinarle la vida a Hayden. Y a ti. Quiero que me ridiculicen. Quiero que todo el mundo del distrito sepa que la aprendiz del vidriero fue tan idiota que le robó a un guardia de Madra, y que la mataron por ello. ¡Eso es justo lo que quiero!

Jamás le había hablado así a Elroy. Jamás. Pero aquel hombre había perdido a un ser querido tras otro a manos de los guardianes de la ciudad. Gente a la que amaba, y a la que habían sacado a rastras de sus camas y ejecutado sin juicio alguno. Su propio hermano había fallecido justo antes de que yo naciera, había muerto de hambre durante un año particularmente duro porque Madra se negaba a privar al Núcleo de comida para enviarla a otras partes de la ciudad. Los ricachones cercanos a la reina habían seguido celebrando fiestas lujosas, habían comido exóticos manjares importados de lugares más allá de Haeland, habían bebido vinos y whiskeys exóticos... Todo ello mientras el pueblo de Zilvaren se moría de hambre en las calles o se cagaba encima hasta morir. Elroy había sido testigo de todo ello. Incluso ahora, apenas sobrevivía semana a semana. Cuando los guardianes no llamaban a su puerta para asegurarse de que no estaba haciendo armas, lo que hacían era echarla abajo a patadas en busca de seres mágicos y míticos que ni siquiera existían. Y Elroy se lo permitía. Se quedaba ahí sentado y no hacía nada al respecto.

Se había rendido. Y no había ninguna parte de mí que pudiera aceptarlo.

Las cejas espesas y canosas de Elroy se crisparon, y sus ojos se oscurecieron. Estaba a punto de lanzar una de sus diatribas furiosas sobre mantenerse lejos de los guardianes, sobre evitar llamar la atención, sobre el hecho de que esquivar a la muerte era un milagro diario por el que daba gracias cada noche a nuestros creadores antes de quedarse dormido en el asqueroso catre que le servía de cama. Sin embargo, advirtió el fuego que ardía

en mi interior, a punto de escapar de mi control. Y, por una vez, se contuvo.

—Sabes bien que luché. Así es, luché igual que tú quieres luchar ahora. Lo di todo, sacrifiqué todo aquello que amaba, pero esta ciudad es una bestia que se alimenta de penurias, de dolor y de muerte. Y no se sacia jamás. Podemos arrojarnos por su garganta hasta que no quede ninguno de nosotros, pero no habremos conseguido nada en absoluto, Saeris. La gente sufrirá. La gente morirá. Madra lleva reinando sobre esta ciudad desde hace mil años. Vivirá como siempre ha vivido, y la bestia seguirá alimentándose y exigiendo más. El ciclo continuará para siempre hasta que la arena se trague este maldito lugar y no queden nada más que fantasmas y polvo. Y entonces, ¿qué?

—Entonces habrá gente que luchó por algo mejor. Pero también habrá gente que dejó caer los brazos y aceptó todo así nada más —solté.

Agarré el guantelete e hice ademán de salir del taller, pero Elroy seguía siendo rápido. Me agarró del brazo y me retuvo suficiente tiempo como para mirarme a los ojos. En tono de súplica, dijo:

—¿Y si te localizan y descubren lo que eres capaz de hacer? ¿Y si se enteran de que puedes moldear el metal...?

—No es más que un truquito de salón, Elroy. Nada más. No significa nada. —Incluso mientras hablaba, ya era consciente de que lo que decía era mentira. Claro que significaba algo. A veces, los objetos a mi alrededor se estremecen. Objetos hechos de hierro, latón u oro. En cierta ocasión, pude mover una de las dagas de Elroy sin tocarla; el arma giró y giró sobre la mesa del comedor de mi madre, dando vueltas sobre la guarda. Pero bueno, ¿y qué? Me enfrenté a su mirada exasperada—. Si me localizan, me matarán por unas cuantas razones aparte de esa.

Él resopló.

—No lo pregunto por ti. Ni siquiera lo pregunto por mí. Te lo pregunto por Hayden. Aún no es como nosotros. El chico aún

es capaz de reír. Solo quiero mantener un poco más esa inocencia. ¿Qué le sucederá si acaba viendo a su hermana ahorcada?

Aparté el brazo de un tirón, con la mandíbula apretada. Un millar de insultos fríos y duros se agolpó y compitió por salir de mi boca. Sin embargo, cuando por fin hablé, la ira ya me había abandonado.

—Tiene veinte años, El. Tarde o temprano tendrá que enfrentarse a la realidad. Y esto lo hago por él. Todo lo que hago es por él.

Elroy no intentó detenerme de nuevo.



Hayden y yo compartíamos ciertos rasgos. La estatura, por ejemplo. Ambos éramos criaturas altas y espigadas. Compartíamos el mismo sentido del humor, y los dos éramos unos rencorosos de primera categoría. Ambos adorábamos el regusto salado y amargo de los piscardos en escabeche que los mercaderes solían traer a la costa. Pero, aparte de las peculiaridades de personalidad que compartíamos y el hecho de que los dos resaltábamos entre cualquier multitud, no nos parecíamos en nada más. Yo tenía el pelo oscuro, y él, rubio. Sus cabellos eran una masa caótica de rizos abundantes. Sus ojos eran de un marrón intenso, líquido, y albergaban una calidez de la que carecían los míos, azules. El hoyuelo de su mentón era cortesía de nuestro padre ya fallecido, y esa nariz orgullosa y recta, de nuestra difunta madre. Ella solía referirse a Hayden como «su niño del verano». Jamás había visto la nieve, pero justo eso es lo que yo era para ella: su tormenta de nieve. Lejana. Fría. Afilada.

No tardé mucho en encontrar a Hayden. Los problemas siempre solían seguirlo allá donde iba, y yo era experta en localizarlo. Casi no me sorprendió tropezarme con él, despatarrado y sangrando sobre la arena, delante de la Casa de Kala. Casa Kala, como todo el mundo la llamaba, era uno de los pocos lugares del

distrito que daba comida y bebida a cambio de mercancías en lugar de dinero. Los oportunistas con los bolsillos tan vacíos como el estómago, siempre que fueran lo bastante valientes o estúpidos, también podían apostar cualquier tipo de mercancía con algunos de los tipos de peor reputación de la taberna. Y como jamás teníamos dinero ni objetos con los que comerciar y Hayden era ofensivamente habilidoso a la hora de hacer trampas en las cartas (quizá yo era la única que lo superaba en ese aspecto en todo Zilvaren), tenía todo el sentido que estuviera allí, intentando timar a alguien para que le invitara un tarro de cerveza.

Ráfagas de viento candente y cargado de arena soplaban sobre Hayden, y esta se acumulaba en montoncitos sobre la tela arrugada de su camisa, en la que aún se apreciaban las marcas de las manos de quienquiera que lo hubiera agarrado y arrojado de Casa Kala hasta que cayó de sentón. Un grupo de fiesteros sin clase pasó junto a él, todos con bufandas subidas hasta cubrirse el rostro para protegerse de las Gemelas y de la arena. Pasaron sobre él sin dedicarle ni una mirada. Un joven con el labio partido y lo que empezaba a ser un moretón en el ojo, despatarrado a la mitad de la calle, no se salía de lo normal por allí.

Me detuve a los pies de mi hermano, crucé los brazos y puse mucha atención en mantener el saquito que contenía el guantelete pegado al costado. Tampoco era raro cruzarse con carteristas y cortabolsos en aquel lugar. Cualquier grupo de rateros hambrientos no lo pensaría dos veces a la hora de darme un tirón y salir corriendo si el premio valía la pena. Le di una patadita a la bota polvorienta de Hayden.

—¿Otra vez Carrion?

Él abrió un párpado apenas una rendija y soltó un gemido en cuanto me vio.

—¡Otra vez! Quién iba a pensar que el muy cabrón no tenía nada mejor que hacer que darme una paliza.

El cuidado con el que se agarró las costillas indicaba que quizá tenía rota alguna que otra.

Le di un empujoncito con la punta de la bota, esta vez bastante más fuerte.

—Lo que cualquiera diría es que ya deberías haber aprendido la lección y te mantendrías apartado de él.

—¡Uf! ¡Saeris! ¿Qué haces? ¿Acaso no tienes compasión?

—Claro que la tengo. Está en los bolsillos de Carrion, junto con el dinero que te di para comprar agua.

Pensé si debería darle una patada en el otro lado del costillar, pero aquella sonrisilla mansa que me dedicó consiguió aplacar mi ira. Siempre se salía con la suya. Era un necio y no tenía el menor cuidado la mayoría de las veces, pero a mí me resultaba imposible enojarme con él durante mucho tiempo. Le tendí la mano y lo ayudé a levantarse. Tras refunfuñar y quejarse un rato, Hayden se sacudió el polvo de la camisa y los pantalones y esbozó una sonrisa lobuna que me indicó que ya se le había pasado el dolor de las costillas y volvía a sentirse como nuevo.

—¿Sabes? Si me das un par de créditos, apostaría a que puedo recuperar el dinero del agua y la pañoleta roja que me dio Elroy.

—¡Ja! Hasta crees, compañero.

Lo dejé atrás y subí a paso rápido los escalones hasta la taberna. Como siempre, Casa Kala estaba llena hasta el tope. Apestaba a sudor rancio y a carne de cabra asada. Una docena de cabezas se giró en mi dirección al entrar, y otros tantos ojos se desorbitaron al ver quién era. Hayden pasaba por allí a diario, pero yo solo cruzaba el umbral de la taberna cuando había tenido un mal día. Iba allí a liberar tensiones. A coger. A pelearme. Un amplio espectro de comentarios gravísimos hacia mi persona empezaron a susurrarse, ocultos por manos quemadas por el sol: cuando me sentaba en la barra, cualquier tipo podía acabar el día con suerte o bien llevándose una soberana paliza, dependiendo del humor que yo tuviera.

En ese momento, no me iba a sentar en la barra. Eché un vistazo por encima de la muchedumbre que había ante mí y estiré el cuello en busca de algún destello de color en medio de tanto blan-

co sucio, gris y marrón. Allí estaba. Allí estaba él, sentado en una mesa en el otro extremo de la taberna, junto a tres de los tarados que le servían de amigos, con la espalda orientada hacia la esquina, de manera que pudiera tener a la multitud siempre a la vista. Carrion Swift: el tahúr, tramposo y contrabandista más famoso de toda la ciudad. También era desacostumbradamente bueno en la cama... Era el único hombre de toda Zilvaren que había conseguido que yo gritara su nombre en un estallido de placer en lugar de por frustración. Su viva melena de tono castaño rojizo era una baliza ardiente en medio de la tenue iluminación de la taberna.

Fui directo hacia él, pero mi camino se vio rápidamente bloqueado por una cuarentona de aspecto atribulado que enarbola un gigantesco cucharón de madera.

—No —dijo.

—Lo siento, Brynn, pero me juró que lo dejaría en paz. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Permitir que se salga con la suya?

Brynn tenía apellido, pero nadie sabía cuál era. Cuando le preguntaban, decía que lo había perdido de niña y que no se había molestado en volver a buscarlo. Decía que los apellidos hacían que fuera fácil localizarte, y tenía toda la razón. Como propietaria que era de la Casa de Kala, los más despistados intentaban llamarla Kala, suponiendo que le había puesto su nombre a aquel sitio. Ella, sin embargo, se limitaba a clavarles la mirada y mostrarles una mueca feroz. En el lugar del que provenía, Kala significaba «funeral», y a Brynn no le gustaba que la relacionaran con la muerte.

—A mí me da igual que se salga o no con la suya. —Lanzó una siniestra mirada de soslayo a Hayden, que había entrado a hurtadillas tras de mí a la taberna, con aspecto bastante manso—. Tu hermano sabe que Carrion hace trampas, y lo último que me hace falta es una reyerta aquí adentro. Esta noche, no. Ya tuve que sacar dos sillas para que las arreglen por culpa de ese idiota que tienes por hermano...

—¡Yo no soy ningún idiota! —objetó Hayden.

—Vaya que eres un idiota —insistió Brynn—. Y además, tienes prohibida la entrada aquí durante las próximas veinticuatro horas. Ya te estás largando. Si tu hermana paga, mandaré a alguien a que te lleve un tarro de cerveza a los escalones.

—Yo no pienso pagar nada.

Hayden tuvo las agallas de poner cara de decepción.

—De acuerdo, pero no me pienso marchar sin la pañoleta —dijo—. Para cuando llegue a casa, voy a tener los pulmones en carne viva.

—Pues más te vale aguantar la respiración. Vamos, fuera.

Brynn hizo un gesto amenazador con el cucharón en dirección a Hayden, y mi hermano palideció. Contempló aquella cuchara sobredimensionada como si ya se la hubieran presentado en su día y estuviera al tanto de lo que era capaz de hacer Brynn con ella. A mí no me habría sorprendido enterarme de que aquel moretón del ojo era cosa de Brynn, no de Carrion.

—Yo te consigo la pañoleta. Sal y espérame afuera —le dije.

—No te la vas a llevar a la fuerza —advirtió Brynn. Movié el cucharón hacia mí, pero no tuvo el mismo efecto, y ella supo verlo. Las armas que conseguían como mucho hacerme pestañear solían ser más brillantes y bastante más afiladas. Bajó el cucharón y optó por una actitud algo más amable—: Te lo digo en serio, Sae-ris. Por favor. Tengamos la fiesta en paz, aunque sea solo por mí. Estoy que no puedo más y no son ni las ocho.

—Tienes mi palabra. No voy a romper más muebles. Voy a llevarme lo que vine a buscar y me habré largado antes de que te hayas dado cuenta.

—Te tomo la palabra.

Estaba claro que Brynn no pensaba que fuera a cumplir lo prometido, pero suspiró y se hizo a un lado. Hayden me dedicó una mirada que me suplicaba que lo apoyara —siempre era así de insistente—, pero yo sabía muy bien que no debía ceder ante esos ojos suplicantes.

—Fuera. Ya. Detenme esto. No lo pierdas de vista.

Le puse la bolsa contra el pecho y me recorrió un espasmo de puro pánico cuando él la agarró. Una cosa era deambular por el distrito con un pedazo enorme de oro en el fondo de la bolsa y otra bien distinta plantarme delante de Carrion Swift con semejante objeto de contrabando encima. Aquel tipo era capaz de todo. Sus dedos eran más sutiles que la brisa del alba. Había conseguido bajarme las pantaletas a base de pura labia —quizá el mayor golpe que se había dado en toda Zilvaren— y la gente había pasado meses comentándolo. No pensaba arriesgarme a que captara que había algo interesante en aquella bolsa, no fuera a decidir aliviarme de esa carga.

—Tardaré diez minutos —le dije a Hayden.

Él hizo una mueca y salió de la taberna.

Los clientes de Kala interrumpieron sus partidas de huesecillos. Aquellas pendencieras conversaciones menguaron al tiempo que yo me acercaba a Carrion. Todos me siguieron por el rabillo del ojo, contemplándome a medias, hasta que me detuve ante la mesa del estafador. Carrion me miró con esos ojos azules danzariños y chispeantes. Tenía el cabello de cobre y oro, un tono de barniz ocre, como si cada mechón fuera un fino hilo de aquellos metales que tan preciados eran para la reina Madra. Siempre solía ser la persona más alta allí donde iba, le sacaba como mínimo sus buenos treinta centímetros a cualquiera. Era ancho de hombros y se comportaba con una seguridad en sí mismo que embelesaba a todas las chicas de Zilvaren. Yo no soportaba admitirlo, pero era justo esa seguridad en sí mismo lo que me había acabado atrayendo hasta su cama. Ansiaba desmentirlo, demostrarle que aquella confianza suya no era más que una fachada. Había planeado aplastarle el ego una vez que hubiera acabado con él, pero entonces Carrion había hecho lo impensable: me había ratificado que todos aquellos pavoneos estaban justificados. Más que justificados. Solo de pensarlo me hervía la sangre. Aquel tipo era un ladrón y un mentiroso, y se adoraba a sí mismo en demasía. O sea, ¿quién en su sano juicio vestiría con tanta elegancia? Sobre todo

en una taberna llena de salvajes listos para rajarte el cuello y robar-te unas botas sucias en cuanto te miraban. Carrion estaba loco.

—Idiotas —dije en tono rígido a modo de saludo.

Él sonrió, y a mí se me hizo un leve nudo en el estómago que me obligó a soltar una maldición entre dientes.

—Perra —replicó—. Encantado de verte. Pensaba que tú y yo... ya no nos frecuentábamos.

Sus amigos se carcajearon como imbéciles y empezaron a darse codazos entre sí. Hasta ellos habían reconocido la burla de Carrion. Quería provocarme. La última vez que nos vimos, yo estaba saliendo a gatas de su cama, sujetando la maraña que eran mis ropas, y juraba a los dioses olvidados y a los cuatro vientos que preferiría morirme antes que seguir más tiempo allí para que volviera a montar el numerito que acababa de llevar a cabo conmigo. Carrion sabía que había ganado. Aquel cerdo altanero no se había cortado un pelo: me dijo que ya volvería a él por más, y yo le dije con todo lujo de detalles que pensaba cortar-le ese maldito pito si volvía a intentar acercarse a mí. O algo por el estilo, vamos.

Fui directa al grano, ignorando tanto la burlita insinuante como a sus amigos.

—Prometiste que no volverías a apostar con Hayden.

Carrion ladeó la cabeza y alzó los ojos, fingiendo pensarlo.

—Ah, ¿sí? —preguntó, incrédulo—. No suena típico de mí.

—Carrion.

El muy cabrón inhaló entre dientes y volvió a centrar su atención en mí.

—Acaba de pronunciar mi nombre. —Hizo como que le daba un desvanecimiento—. Lo oyeron todos. Pronunció mi nombre.

De nuevo, la bromita se ganó una ronda de risitas mal disimuladas entre sus inmaduros cómplices.

—No solo no cumpliste tu palabra, sino que le pegaste una paliza de muerte, Carrion.

—Ah, vamos. No seas tan amargada. —Alargó las manos con las palmas hacia arriba y los dedos bien abiertos—. Me suplicó que jugara con él. ¿Quién soy yo para negarme? Y si de verdad le hubiera dado una paliza de muerte, tu hermanito no habría estado hace unos momentos deambulando por el bar, ¿verdad? Habría estado en la calle, escupiendo sangre en la arena. Sí, le pegué... —lo pensó— una vez. Quizá dos. Eso apenas es una pequeña paliza. ¿Y qué es una paliza entre amigos?

—Hayden no es tu amigo. Es mi hermano. Mezclarte con él va contra las reglas.

Carrion se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa. Alzó las cejas de un modo exasperante.

—Querida, todavía no me he topado con una regla que no me den ganas de romper.

—Teníamos un trato. Recuerdo haberte dicho concretamente que no iba a interferir en tus líneas de suministros del Núcleo, y tú dijiste que a cambio no ibas a tener nada que ver con Hayden.

Él frunció el ceño.

—Sí, creo que me suena.

Qué agallas. Qué osadía. Qué cara dura había que tener.

—¿Y entonces qué haces apostando con él?

—Quizá es que últimamente me falla la memoria —musitó Carrion.

—La verdad es que te golpean mucho en la cabeza, sí.

—O, a lo mejor —dijo él, haciendo girar la cerveza en su tarro—, es que sabía que, si jugaba con Hayden, podría verte a ti. Quizá era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar.

—¿Le rompiste las costillas a mi hermano para poder verme?

—No podía ser que lo hubiera oído bien. Era imposible que estuviera tan loco como para hacerle daño a Hayden por un motivo tan ridículo.

El tono de Carrion se volvió repentinamente afilado al replicar:

—No, Saeris. Se las rompí porque intentó apuñalarme con uno de tus cuchillos cuando le dije que ya no le pagaba más rondas. Eso no se lo dejo pasar ni a tu hermano.

Me recorrió una conmoción que acabó siendo un peso muerto, frío, en el estómago.

—No habrá sido capaz...

—Vaya que lo fue. —Carrion se empinó la cerveza. Cuando dejó el tarro vacío, aquella sonrisa encantadora había vuelto—. Y ahora que estás aquí, bien podrías tomarte una conmigo. Sin rencores y esas cosas.

Resultaba asombroso lo rápido que podía pasar Carrion de una emoción a otra. También era impresionante su habilidad para engañarse a sí mismo completa y absolutamente cuando le convenía.

—No pienso beber contigo. Me da igual que Hayden se mereciera lo que le hiciste. Probablemente te sacó el cuchillo porque intentaba que le devolvieras su pañoleta. ¡Y no le habría hecho falta si no lo hubieras animado a apostar!

—Te gusta el whisky, ¿verdad? ¿Qué te parece uno doble?

Empezó a levantarse.

—¡Carrion, no voy a beber contigo!

Aquella atractiva sabandija intentó pasarme el brazo por la cintura, pero yo ya me había enfrentado a depredadores mucho más rápidos que él. Me eché hacia atrás y puse un metro de distancia entre ambos, con las manos ansiosas por lanzarse por mis cuchillos —los que Hayden no había llegado a «tomar prestados»—, pero le había dado a Brynn mi palabra de que no íbamos a luchar. Los ojos de Carrion me recorrieron el cuerpo, su sonrisa se ensanchó y el recuerdo de su lengua recorriendo mis caderas me golpeó, surgido de ninguna parte. Una oleada de calor me subió a las mejillas.

—Te ves muy guapa cuando te ruborizas, ¿sabes? —Rogué a los dioses que maldijeran a aquel ladrón. No se le escapaba una—. A ver qué te parece esto: siéntate, tómate algo conmigo y te devuelvo la pañoleta de Hayden.

—No hay trato.

—¿No hay trato? —Parecía sinceramente sorprendido.

—Soportar quince minutos sentada a la mesa contigo vale más que una pañoleta andrajosa, pedazo de buitre.

—¿Quién dijo nada de quince minutos? Ya sabes que me gusta tomarme mi tiempo cuando me la estoy pasando bien.

Por los mártires benditos. Hice todo lo que pude por bloquear los recuerdos que intentaban abrirse camino hasta la parte frontal de mi mente. Carrion quería que aquel comentario improvisado me recordara todo el tiempo que él había pasado con la lengua entre mis muslos. Quería que recordara lo mucho que había retrasado su propio placer —como si fuera su deber, los dioses lo maldijeran— mientras jugueteaba con el mío. No pensaba darle esa satisfacción.

—Un trago y se acabó. Quince minutos. Y también quiero los créditos que le quitaste, más otros cinco por las molestias de tener que respirar el mismo aire que tú.

Carrion arqueó una ceja y lo pensó. Yo ya sabía que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

—Saeris, de haber sabido que se puede comprar tu tiempo, estaría en la ruina y tú serías una mujer muy rica. Te habrías pasado los últimos tres meses panza arriba, suplicándome que te montara más fuerte, y...

—Una palabra más y te quedas sin tus malditas pelotas, ladrón —rugí.

Lo que le faltaba de educación lo compensaba con sentido común. Sabía que estaba a punto de cruzar una línea y que le costaría sangre volver. Alzó las manos al aire e inclinó la cabeza en señal de rendición; sus cabellos destellaron de rojo, oro y el más profundo y vivo marrón.

—De acuerdo, de acuerdo. La pañoleta, los créditos, más cinco extra porque eres muy codiciosa. Siéntate, por favor. Te traigo algo de beber.

Hizo un gesto hacia su mesa como si pretendiera que me apretujara entre él y sus amigos. Sin embargo, había ciertas cosas

que estaba dispuesta a hacer por mi hermano y un vaso de agua limpia, pero otras que no. Atisé un gabinete vacío a tres mesas de distancia y me senté en él.

Iba a asesinar a Hayden. Lo iba a matar. ¿A qué estaba jugando? ¿De verdad había intentado apuñalar a Carrion? El chico apenas tenía tres años y medio menos que yo, pero se comportaba como si todavía no le hubieran bajado los huevos. En algún momento, iba a tener que dejar de portarse de forma tan temeraria y empezar a pensar en las consecuencias de sus actos. Y, sin embargo, mientras pensaba todo esto, las palabras de Elroy reverberaron en el interior de mi cabeza, sorprendentemente parecidas a las mías:

«No sé en qué estabas pensando. ¿Tienes la menor idea de la ruina que nos buscaste a todos?».

—Aquí tienes. —Carrion me puso delante un vaso lleno de un líquido ambarino. La maldita copa estaba llena casi hasta el borde.

—Esto es más de un trago.

—Está en un vaso —replicó—. Así que es un trago.

Si me bebía todo aquello, iba a llegar al Espejismo a gatas. Acabaría cayéndome del tejado y rompiéndome el cuello si intentaba subir hasta la buhardilla. Aun así, levanté el vaso y di un buen trago. No iba a salir de aquella si no me emborrachaba aunque fuera un poco. El whisky me quemó el interior de la garganta y me incendió el estómago, pero me negué a mostrar reacción alguna. Lo último que necesitaba era que Carrion Swift le contara a todo el mundo que le prestara oídos que yo no era capaz de aguantar la bebida.

—¿Y bien? —exigí—. ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Tu compañía, claro.

Sé reconocer a un mentiroso cuando lo veo, y el hombre sentado frente a mí era un profesional experto en el tema.

—Escúpelos, Carrion. No me habrías obligado a quedarme a la fuerza si no tuvieras algo en mente.

—¿Y no puede ser que esté embelesado por tu belleza? ¿No puede ser que quiera sentarme y escuchar el tono angelical de tu voz?

—De bella no tengo nada. Lo que sí estoy es mugrienta, cansada, y mi voz solo tiene sarcasmo y enojo, así que vamos ya al grano, ¿te parece?

Carrion soltó un resoplido silencioso que pretendía ser una risa. Alzó su propio vaso de whisky (bastante más pequeño que el mío), se lo llevó a los labios y dio un sorbo.

—Eras más divertida hace tres meses, ¿sabes? Ahora eres cruel. No he dejado de pensar en ti.

—Oh, vamos. ¿Con cuántas mujeres te has acostado desde entonces?

Él estrechó los ojos con expresión confusa.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Me estaba empezando a aburrir. Le acerqué el vaso e hice ademán de levantarme.

—¡Está bien! Por los mártires, solo te gusta hablar de negocios. —Inhaló hondo para concentrarse—. Supongo que, ahora que lo mencionas, sí hay algo de lo que quería hablar contigo.

—Vaya sorpresa.

Carrion ignoró mi tono y prosiguió:

—Hace rato oí algo bastante interesante. Oí que una rebelde del Tercero con pelo del color de un cuervo atacó brutalmente a un guardián y le robó una pieza de su armadura. Un guantelete. ¿Lo puedes creer?

Ah. Al muy imbécil le gustaban los juguetitos. Cada arruga de su rostro y el modo en que todos los músculos de su cuerpo estaban despreocupadamente relajados me informaron todo lo que necesitaba saber. Por supuesto que él sabía que me había llevado el guantelete. Pero, claro, yo no pensaba admitirlo. No era tan idiota.

—Ah, ¿sí? Pero... ¿cómo fue? Nadie que resida en el Tercero puede abandonar el distrito. —Di otro trago de whisky.

Durante un instante, Carrion se limitó a clavarme la mirada. Me estaba escrutando. Por supuesto, no se tragaba esa ignorancia fingida ni por un segundo, pero tampoco pensaba empezar a lanzar acusaciones directas en medio de Casa Kala.

—Ya, ¿eh? —dijo en tono frívolo—. Qué locura. Y más loco aún es pensar en esa pobre chica, que estará por ahí, intentando encontrar un lugar en el que esconder semejante pieza de oro. Dicen que la trajo aquí, al distrito, ¿sabes? —Soltó una risa callada—. Pero, por supuesto..., es imposible que haya hecho algo así. Sería demasiado peligroso.

—Desde luego. Increíblemente peligroso —convine.

—Debería haberse asegurado de dejarla en algún lugar seguro. En algún lugar donde los guardianes no la buscarían.

—Sin duda.

—¿Crees que una chica tan estúpida como para atacar a un guardián y robarle tendría el sentido común de esconder su botín así?

Me embargó el abrumador impulso de rajarle la cara bonita a Carrion. Conseguí reprimirlo gracias a un esfuerzo descomunal.

—No creo que esa chica sea estúpida. En todo caso, creo que es muy valiente —dije con los dientes apretados—. Creo que lo más seguro es que el guardián intentara detenerla y se le cayera esa maldita pieza de armadura en la arena. Creo...

—Pero ¿la puso en algún lugar seguro? —susurró Carrion—. Podemos pasarnos una vida y media debatiendo sobre los actos de la chica, pero si hay un problema en el distrito...

Yo me eché hacia atrás en el asiento.

—¿Y a ti qué más te da el Tercero? Tú ni siquiera vives ya aquí, Carrion. Todo el mundo sabe que te buscaste un pequeño y cómodo apartamento bajo el segundo radio.

—Tengo un almacén fuera del distrito —dijo él en voz baja—. Es el modo más seguro de llevar mis mercancías de un distrito a otro. Vivo aquí para poder cuidar de mi abuela. Lo sabes bien. Gracia, ¿la recuerdas? La conociste. Tiene el pelo gris y un carácter de mierda.

—Sí, Carrion, ya sé quién es Gracia.

Se inclinó hacia adelante y su mirada se tornó afilada.

—Si esos cabrones dorados creen que tenemos algo que les pertenece, van a descargar toda su puta furia sobre este lugar, Sae-ris. Sabes que es así. Si esa chica trajo la pieza de armadura aquí, mañana por la mañana correrán ríos de sangre por las calles.

Tenía toda la razón. Los guardianes eran todopoderosos. No temían a casi nada, aunque la reina los aterraba. Su justicia sería rápida y brutal si pensaban que el guantelete estaba allí. Y justo allí era donde yo había llevado el guantelete. El desaliento de Elroy ya no me parecía una exageración. Si a Carrion le daba miedo la situación, quizá debería dedicar algo de tiempo a pensar de nuevo el plan. O bien a inventarme uno.

—Estás pensando. Veo que estás pensando. Eso está bien —dijo Carrion. Esbozó una sonrisa arrogante, pero no era más que fachada. Quería que los demás clientes de Casa Kala, así como sus amigos, que seguían sentados en un rincón, pensarán que intentaba provocarme desvergonzadamente para llevarme a la cama otra vez. Sin embargo, la chispa de preocupación que vi en sus ojos era real.

—Ese almacén —dijo— no queda lejos del muro. Apenas tomaría media hora trasladar algún objeto desde aquí hasta allí.

Dioses, de verdad estaba loco.

—¿Crees que te lo voy a dar? —Demasiado tarde, comprendí que me acababa de quitar la máscara. Pero, bueno, ¿qué más daba? Aquel jueguito de dar vueltas y vueltas alrededor de la verdad no era más que una pérdida de tiempo—. No tienes ni de lejos la cantidad de dinero que haría falta para convencerme de darte el guantelete, Carrion Swift.

—Yo no lo quiero, idiota. Lo que quiero es sacarlo del Tercero —murmuró, como si me estuviera susurrando algo bonito, pero sus palabras estaban impregnadas de veneno—. Nuestra gente ya sufre bastante; no necesita que cientos de guardianes arrasén el distrito, lo destrocen todo y maten a cualquiera que se cruce

con ellos. Llévalo al almacén. Llévalo a donde te dé la gana. Me da igual a dónde sea, siempre que te lo lleves lejos de aquí. ¿Entiendes?

Había algo tremendamente molesto en recibir un sermón de alguien como Carrion. Era uno de los hombres más egoístas y arrogantes del mundo. Le encantaba que todos pensaran que no le importaba nada ni nadie. Pero al parecer sí había cosas que le importaban, y yo había hecho algo tan egoísta que Carrion no podía quedarse al margen y ver las consecuencias. Por los dioses.

Di otro buen trago de whisky y dejé a un lado el vaso con el resto.

—Tengo que irme.

—¿Vas a encontrar una solución? —Los ojos azul pálido de Carrion se clavaron en los míos al tiempo que yo me apartaba del gabinete.

—Voy a encontrar una solución —repliqué.

—Bien. Ah, otra cosa, Saeris.

Aquel tipo no sabía parar. Me di la vuelta y le dediqué un fruncimiento de ceño.

—¿Qué?

—Eres bella hasta mugrienta y cansada.

—Por los dioses y los mártires —susurré. No había quien lo cansara.

Sin embargo, el pico de oro de Carrion Swift dejó de preocuparme enseguida. Tenía otras cosas en las que pensar. Salí a la claridad de la tarde y vi que Hayden había desaparecido. Y con él, el guantelete.



EL MEJOR DE LOS PROPÓSITOS

No hacía caso jamás. Por supuesto, actuaba como si lo hiciera. Repetía las palabras que se le decían. Asentía. Pero, a fin de cuentas, Hayden se negaba a hacer lo que se le pedía, jamás prestaba atención y solía acabar haciendo justo lo que se le suplicaba que no hiciera.

Normalmente, sus travesuras no solían ser muy graves, pero la de ese día lo había sido con creces. Más que grave, astronómica. Catastrófica.

Me esforcé todo lo que pude por caminar con tranquilidad en dirección al Espejismo... Lo más probable era que Hayden se hubiera aburrido de esperar y hubiera decidido dirigirse a la otra taberna cargado con la bolsa. Pero cuanto más pensaba en distintas posibilidades y me preguntaba cuál sería la más probable, más notaba un pánico creciente que me apretaba la garganta.

Como le hubiera echado un vistazo al interior de la bolsa...

Si había rebuscado dentro, sabrían los mártires dónde estaría y en qué andaría metido. Las Gemelas me lamían la coronilla. Aquel calor implacable me atontaba la mente. ¿Cuándo fue la última vez que había bebido algo de agua? ¿Aquella mañana?

No, había dejado aparte mi ración para cuando regresara de la forja, pero después de discutir con Elroy, se me había olvidado ir por ella. No debería haberme tomado el whisky.

Una vez que me encontré a buena distancia de Casa Kala, empecé a trotar, nerviosa, y acabé corriendo. Intentaba parecer despreocupada, pero en Zilvaren no existe nada parecido a una carrera despreocupada. Aquí la gente conserva la energía lo mejor que puede. Solo había un motivo por el que una persona podría echarse a correr: si la perseguían.

Ojos suspicaces me siguieron mientras atravesaba las calles a toda velocidad, dejaba atrás casas de arenisca derruidas y puestos cubiertos en los que los comerciantes del mercado vendían carne asada, fardos de tela y hierbas medicinales de intenso olor traídas del norte. Carteles familiares y desvaídos cubrían los callejones y prometían cuantiosas recompensas por cualquier tipo de información que facilitara la captura de personas que emplearan la magia. Yo conocía las callejuelas de mi distrito como la palma de mi mano. La siguiente a la izquierda me llevaría junto a la casa de Rojana Breen... Mi madre solía enviarme allí cuando se enteraba de que habían llegado comerciantes vendiendo fruta. A diferencia de los demás contrabandistas del Tercero, Rojana solamente comerciaba con comida y agua. Aquel negocio ilegal podía tener como consecuencia que le cortaran las manos, pero al menos no la matarían.

Más adelante, hacia la derecha, otro comerciante había montado su puesto. Vorath Shah comerciaba con aceite de serpiente; pequeños fragmentos de metal que, según afirmaba él, contenían trazas de magia arcana; patas apestosas y disecadas de conejos de la arena que, según se decía, podían proteger contra la enfermedad; frasquitos de cristal llenos de líquidos nebulosos que, se suponía, concedían dones a quienes los bebían. Todo tipo de regalos que se habían perdido hacía mucho para la humanidad. Las personas ya no eran capaces de leerse la mente, de hacer hervir la sangre en las venas de sus enemigos ni de concederse suerte eterna. Todo el mundo sabía que nos habían arrebatado esos poderes heréticos hacía cientos de años, pero Shah aún obtenía beneficios vendiendo baratijas inútiles a todos los que albergaban algo de esperanza o estaban desesperados. Desgranaba todo tipo de explicaciones es-

trafalarias para la eterna pregunta que todos los zilvarenos formulaban entre cuchicheos, siempre a puerta cerrada: ¿cómo podía ser que la reina siguiera viva después de más de mil años? Madra era humana, así que ¿por qué no se moría? Shah afirmaba tener acceso a la fuente de la eterna juventud de la reina y, por supuesto, vendía su contenido en botellitas.

Shah también compraba artefactos. Si un ladrón se encontraba en posesión de algún objeto poco común, en teoría Shah podía ponerlo en contacto con un comprador interesado. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que te destripara y despojara de todos tus objetos de valor para luego dejar tu cadáver a merced de los cangrejos vagabundos. Si lo abordabas en un mal día, a la mañana siguiente no quedaba de ti más que huesos blanqueados por el sol.

—Dime que no lo hiciste —murmuré en voz baja, y seguí por la derecha—. Hayden Fane, dime que no intentaste llevarle el oro a Sh...

Un grito penetrante rasgó el aire árido. Sonó muy lejano. Amortiguado. Pero vino del este. Apreté los dientes; el Espejismo estaba al este. Y cuando se oía un grito así en el Tercero, era porque algún guardián estaba metiendo mano o bien derramando su sangre. Por mero instinto, lo supe. Lo sentí hasta en el tuétano: aquel grito tenía algo que ver con Hayden. Mi hermano estaba en peligro.

Me eché a correr antes de tener siquiera tiempo de pensar. Las calles se convirtieron en un borrón a mi alrededor. Me retumbaba el corazón a un ritmo caótico. El miedo se acumuló como un estanque de ácido en mi vientre.

Detrás de mí, de la nada surgió un repiqueteo de metal:

—¡Deténganla! ¡Detengan a esa chica!

Venía de mi espalda. Guardianes. ¿Cinco? ¿Diez? Me arriesgué a mirar por encima del hombro, pero lo único que vi fue un destello brillante de oro. En mis oídos reverberó el atronador sonido de sus botas contra el suelo.

Por los dioses, Saeris, muévete. ¡Muévete, carajo!

Me obligué a continuar, apretando aún más el paso. Tenía que correr más. Si me atrapaban, podía darme por muerta. Y Hayden también.

Otro chillido espectral y agónico me detuvo el corazón un instante, pero lo obligué a seguir latiendo a fuerza de voluntad porque necesitaba que me siguiera propulsando. Aquellos cabrones no me iban a atrapar en medio de la calle. Me negaba a ello, carajo.

Los residentes del Tercero gritaban, se apartaban de mi camino de un salto mientras pasaba a toda velocidad junto a ellos. Los guardianes daban órdenes rugiendo; volvieron a ordenarle a alguien que me detuviera, pero nadie obedeció. Allí me conocía todo el mundo. Las personas junto a las que pasaba me querían porque habían querido a mi madre. Y también me odiaban porque era una fuente constante de problemas y un grano en el culo para todo el mundo. Pero, aun así, odiaban aún más a los guardianes.

Me quemaban los pulmones. Mis músculos gritaban, suplicaban clemencia, pero yo no hacía más que correr y esforzarme hasta el agotamiento. Las Gemelas palpitaban en el cielo y bañaban las calles de una pálida luz dorada. El sol de mayor tamaño mostraba en su borde una extraña corona azul mientras yo me dirigía a toda prisa hacia el Espejismo y su buhardilla, con la esperanza de que mi hermano no estuviera allí.

Si Hayden tenía algo de sentido común, habría visto a los guardianes o bien habría oído hablar de que la guardia de Madra iba a irrumpir en el Tercero. Sin embargo, era mucho esperar eso de él. Hayden no era muy observador ni en el mejor de los casos, y Carrion le había sacudido el lomo por intentar apuñalarlo. Probablemente seguía perdido en su propio mundo, rezongando por el dinero que había perdido y aquella estúpida pañoleta de mierda.

Me quité mi propia pañoleta de la cara en busca de algo de aire, pero solo conseguí llenarme los pulmones de partículas de are-

na ardiente mientras pasaba a toda velocidad junto al puesto de empanadas de la esquina de la calle Alondra...

—¡Quieto! ¡Detente ahí mismo!

El terror me frenó en seco, se cerró sobre mí como un puño de hierro y me aplastó las costillas hasta casi rompérmelas al contemplar la escena que había ante mí en el Espejismo. Jamás había visto tanto oro junto. Una multitud de soles resplandecientes se reflejaba en avambrazos, placas pectorales y guanteletes, formando rutilantes esferas de oro tan brillantes que podrían haberme quemado la retina. Manchas y fulgores recorrieron mi visión mientras la paseaba entre todos los guardianes, intentando contarlos. ¿Aunque de qué iba a servir contarlos? Podía dejar atrás a un guardián. Tenía bastantes posibilidades de rebasar incluso a dos. Pero ¿a tres? Ni hablar. Y había muchos más de tres guardianes de Madra reunidos en formación de falange frente al Espejismo. Debían de ser unos treinta como mínimo, y habían venido pertrechados para la batalla. Las espadas, en sus manos, estaban listas para atacar, y formaban con sus escudos un muro dorado y pulido encajado a la perfección. Cada uno de ellos llevaba una resplandeciente cota de malla sobre brazos y piernas. Sus bocas estaban cubiertas con holgados trozos de arpillera. Los ojos, entrecebrados, eran visibles sobre las máscaras. Estaban colmados de un odio ardiente... y centrados en mi hermano.

—No. No, no, no...

Se suponía que eso no iba a pasar. Se suponía que yo iba a procesar el oro en la forja y a esconderlo en algún lugar disimulado. Hayden ni siquiera iba a saber de la existencia del guantelete, y mucho menos a entrar en contacto con él. Pedazo de cabrón estúpido.

Si no hubiera apostado con Carrion...

Si me hubiera hecho caso y hubiera esperado...

Si no hubiera mirado dentro de la maldita bolsa...

Por más excusas que pusiera y por más que le reprochara habernos metido en aquel embrollo, la culpabilidad me ahogó. Ha-

bía sido yo quien había robado el guantelete. Me habían atrapado robando a mí. Era yo quien había decidido que hurtar el metal valía la pena a pesar del riesgo que acarreaba. Y ahora Hayden iba a morir a manos de toda una unidad de guardianes, y todo por mi culpa.

Hayden retrocedió a trompicones ante los hombres y sus hojas afiladas. Y habría retrocedido todavía más de haber podido, pero su espalda chocó contra la pared tras apenas un metro. En la mano sostenía el guantelete, débilmente, por la muñeca. La pieza de armadura lo condenaba a todas luces. El terror resplandecía como un faro en su rostro.

—¡No te muevas, rata! —rugió el guardián al frente de la falange.

Como si de un solo hombre se tratara, todos los demás avanzaron centímetro a centímetro. Sus botas pulidas se deslizaban hacia adelante en la arena. Por encima de las máscaras, le clavaban la vista a Hayden con clara determinación. Todos se alimentaban del mismo odio. Lo despreciaban por sus ropas desvaídas por el sol, su piel sucia y el vacío tras sus ojos. Pero, sobre todo, lo despreciaban porque cualquiera de ellos podría haber sido él. Era la suerte la que dictaba dónde acababa cada uno en esta ciudad. Un golpe de buena suerte había ubicado la casa de sus abuelos en uno de los distritos superiores, cerca del Núcleo. De lo contrario, jamás habrían tenido la oportunidad de convertirse en guardianes. La misma suerte no había sonreído a nuestros abuelos, y por eso nos encontrábamos en un distrito en cuarentena por la peste; un rincón mugriento de la ciudad que Madra esperaba matar de hambre, o bien dejar a su suerte para que la enfermedad se cebara con nosotros hasta que le hiciéramos el favor de morir.

Todo se reducía a la suerte, fuera buena o mala. Y la suerte podía cambiar en cualquier momento.

—¡Esa pieza de armadura que tienes en la mano es propiedad de la reina! —gritó el capitán—. ¡Lánzala hacia aquí o te mataremos!

Hayden, con los ojos desorbitados, miró el guantelete, como si fuera la primera vez que se percataba de que lo tenía. Giró el trozo de metal y los músculos de su garganta se marcaron al intentar tragar saliva.

Si les daba la pieza de armadura, le pondrían grilletes y lo arrastrarían hasta el palacio. Jamás se le volvería a ver. Y si no se la daba, se abalanzarían sobre él. Todo aquel metal afilado y pulido encontraría su carne y la arena se tornaría roja. Una vez más, yo me encontraría junto al cadáver de otro ser querido. No había ninguna posibilidad de que Hayden se librara... y yo no podía soportarlo.

El capitán de los guardianes se acercó y sus hombres lo siguieron al unísono, como si fueran una suerte de cegadora bestia dorada que estuviera jalando con una correa. La espalda de Hayden se aplastó contra la puerta de la taberna. A las ventanas mugrientas asomaron varios rostros que se apresuraron a desaparecer; los clientes, que habían estado disfrutando de un trago de media tarde cuando los hombres de Madra irrumpieron en el distrito, se dieron cuenta de que se estaba armando una bronca en la calle. Hayden cabeceó a un lado y a otro. Sus ojos desorbitados buscaban una vía de escape que en realidad no existía. A quien sí vio fue a mí, a seis metros de distancia. Durante un segundo, el alivio le recorrió el rostro.

Yo estaba allí.

Yo le ayudaría.

Yo lo sacaré de aquel aprieto.

Yo arreglaré las cosas, como siempre lo hacía.

Se me cerró la garganta al ver cómo se marchitaba de nuevo aquel alivio.

Aquello no era una refriega en un callejón ni algún roce estúpido que hubiera tenido con Carrion. Aquello era algo más serio.

Hayden se enfrentaba a una unidad entera de guardianes, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

—¡Lánzame la pieza de armadura! —ordenó el capitán con voz atronadora.

Desde una callejuela estrecha, al otro lado de la taberna, un desaliñado grupo de niños se echó a correr hacia la calle y salió disparado, gritando a pleno pulmón. Sin embargo, los guardianes no movieron ni un músculo. Toda su atención estaba centrada en Hayden y en el pedazo de oro que yo había robado y que él sostenía en la mano. Pálido como un hueso blanqueado por el sol, mi hermano me lanzó una mirada larga y triste. Vi en sus ojos lo que estaba pensando hacer a continuación: el muy idiota iba a echarse a correr.

—No te atrevas, chico —bramó el capitán.

Estaba claro que él también había visto la expresión de Hayden y sabía lo que planeaba. Si Hayden salía corriendo, los guardianes acabarían con él de inmediato. Madra no estaría muy contenta si sus hombres regresaban al palacio arrastrando un cadáver. Probablemente les había dicho que capturaran vivo al ladrón, para poder torturarlo e interrogarlo durante horas. Un cadáver no sería nada entretenido.

—¡Saeris! —gimoteó Hayden; el miedo lo tenía agarrado por la garganta.

—¡Quédate donde estás! —El capitán estaba tan cerca que casi podía arremeter contra él. Su unidad estaba presta, crispada, con el acero listo y las espadas en ristre. Todo acabaría en segundos.

Las lágrimas asomaban a los ojos de Hayden.

—¡Saeris! ¡Lo siento!

—Esperen. —La palabra se quedó atravesada en mi garganta adolorida.

—Ya está, chico. Ya está. —Los guardianes se acercaron más.

—¡Esperen! ¡Deténganse!

Esta vez, aquel grito desafiante reverberó entre los edificios que había a ambos lados de la calle. Los guardianes oyeron mi voz, pero solo el capitán se dignó a mirar en mi dirección. Su atención se desvió durante una fracción de segundo, sus ojos me recorrieron y se apresuraron a volver a centrarse en Hayden.

—Esto no es de tu incumbencia, chica —dijo en un tono frío—. Vuelve adentro y déjanos hacer nuestro trabajo.

—Claro que es de mi incumbencia. —Me acerqué, mordíendome la parte interior de los cachetes para estabilizarme. Con un sabor cobrizo en la boca, abrí los brazos—. Él no hizo nada malo. Fui yo quien le pidió que me llevara la bolsa. Esa pieza de armadura que tiene es mía...

Los ojos del capitán saltaron de nuevo hacia mí.

—No, no es tuya. Solo un miembro de la guardia puede tener una armadura así. Llevarla es un honor que hay que ganarse y, desde luego, a juzgar por tu pinta, tú no te lo has ganado.

Su máscara de arpillera se movía con la fuerza de sus palabras; las iba escupiendo una tras otra. En su tono ardía una furia viva. Ese no era el guardián a quien yo le había robado el guantelete. No, ese tipo era más frío. Más duro. Más malo. No había arrugas alrededor de sus ojos, pero aquellos iris marrón oscuro contenían una eternidad sin fondo que me provocó un escalofrío en las piernas.

—Soy yo quien robó el guantelete —dije, despacio—. Soy yo quien escaló el muro y se escapó. No fue él. —Señalé con la mandíbula a Hayden—. Él no tenía ni idea de lo que había dentro de la bolsa.

—Miente —dijo Hayden con voz temblorosa—. Fui yo. Yo lo robé.

De todas las ideas tontas e improvisadas que había tenido mi hermano, aquella era la más estúpida. Comprendí que quería protegerme. Estaba asustado..., más asustado de lo que yo nunca lo había visto... Pero bajo aquel miedo, se estaba preparando, reuniendo el valor para enfrentarse a lo que iba a suceder. Para salvarme.

Sin embargo, aquel guantelete era mi responsabilidad. Elroy había tenido toda la razón en el taller; llevarme aquel guantelete era lo más insensato que había hecho jamás. No debería haberlo robado. Permití que mi codicia y mi propia esperanza me supera-

ran. Pero que el infierno me llevara si iba a permitir que Hayden pagara el precio por cometer semejante imprudencia.

—No le hagan caso —dije, clavándole la mirada.

—Lo robé yo —insistió él, y me clavó la mirada a su vez.

—Pues pregúntenle de dónde lo sacó —exigí, mirando al capitán.

—Basta ya —rugió el capitán—. ¡Aprésenla!

Con un movimiento furioso de muñeca, tres de sus hombres se separaron de la falange. Avanzaron, con los hombros encogidos, pegados a las orejas, y las espadas listas. Y las ascuas que se consumían en mis adentros desde la niñez por fin ardieron.

No me iban a apresar. Aquellos cabrones no iban a abusar de mí, no me iban a sujetar ni me iban a decir que me callara. Ya no.

Lo que hice a continuación fue una auténtica locura. Llevé la mano a la bota y saqué el cuchillo que guardaba en ella. Un acto del que ya no me podía arrepentir. No había modo de deshacer lo hecho. Acababa de sacar un arma frente a la guardia de la Reina Imperecedera. En pocas palabras: ya estaba muerta. Lo que pasaba era que mi cuerpo aún no lo sabía.

—Vaya, vaya. Tenemos a una peleonera, chicos —gruñó el guardián de la derecha.

—Pues vamos a darle una lección —dijo desdeñoso el del medio.

Yo me concentré en el de la izquierda. El más callado. El que se movía como un depredador. El que tenía la muerte en los ojos. Era él de quien debía preocuparme.

Fue él quien dejó que el guardián más bocón atacara primero. Yo me agaché para esquivarlo y empleé la punta de la daga para desviar su espada, con la que me lanzó un salvaje ataque. El del medio maldijo y se abalanzó sobre mí para intentar atravesarme el pecho con su arma, pero di un paso lateral y esquivé el ataque por completo. La finta me puso justo delante del guardián más callado..., cosa que, estaba segura, era justo lo que él había planeado.

Me guiñó el ojo por encima de la máscara. Y vino hacia mí.

Los rebeldes a los que mi madre había ayudado antes de morir habían hecho algo más que esconderse en nuestro ático. También me habían entrenado. Me habían enseñado a robar. A sobrevivir. A luchar.

Y entonces luché como si fuera la mismísima furia del infierno encarnada.

El guardián me hostigó a golpes de espada, bien calculados y medidos. Cada uno de sus movimientos era una pregunta para la que yo tenía respuesta. Vi cómo se empezaba a enojar cuando aparté su espada por cuarta vez, usando solo la daga para desviar sus ataques asesinos.

El del medio, el más bajo de los tres, cargó contra mí con un poderoso grito de batalla. Yo finté hacia atrás con mis pies ligeros y conseguí ponerme fuera del alcance del curtido guerrero para poder darme la vuelta y trazar un arco descendente con la daga. Era un ángulo poco manejable, pero yo había practicado aquella maniobra más veces de las que podía contar. Era justo el ángulo que necesitaba la daga para encontrar una estrecha abertura en la armadura del guardián; un huequecito entre la hombrera y el gorjal. Justo donde una hoja de metal podría encontrar la yugular. Nunca había tenido que ejecutar aquel movimiento en la vida real. Pero lo hice sin pensar. Ni siquiera me detuve a contemplar el arco de brillante sangre arterial que salió a chorro del cuello del guardián. El tipo cayó de rodillas, agarrándose la garganta.

No sentí culpabilidad.

No sentí compasión.

No había tiempo.

Tomé la espada del guardián y dejé que muriera en la arena.

El guardián silencioso me miró con los ojos entrecerrados, como si volviera a evaluar la situación. El otro guardián no fue tan listo. Soltó un aullido, víctima de su propia ira, y corrió hacia mí mientras se arrancaba la máscara y mostraba una boca llena de dientes destrozados.

—Perra estúpida! Vas a pagar...

Me di la vuelta, retrocedí y lancé un ataque con la espada. Era más pesada que las de madera con las que siempre había practicado, pero al menos estaba acostumbrada a la longitud. Sabía exactamente dónde se encontraría la punta afilada del acero con su piel: justo debajo de su muñeca derecha. Calculé el tiempo a la perfección. Con poco más que un ajuste de la mano en la espada, ejecuté el corte y la mano del guardián, todavía aferrada a su arma, cayó sobre la arena con un golpe sordo.

—¡Mi mano! ¡Me... me cortó... la mano!

—Lo siguiente que te voy a cortar es la puta cabeza —dije, iracunda.

La furia teñía de rojo mi visión.

Habían matado a mi madre.

A mis amigos.

A toda la familia de Elroy.

Habían provocado la muerte de miles de personas, y ahora estaban amenazando a Hayden. Toda la ira acumulada dentro de mi pecho brotó como un torrente imposible de detener. Me abalancé sobre el guardián, con la daga en una mano y la espada en la otra, lista para poner fin a su miserable existencia..., pero me encontré de cara con el guardián silencioso.

Una vez más, este no dijo nada, aunque a sus ojos asomó una chispa de pura diversión. Despacio, negó con la cabeza. El mensaje estaba claro como el día: si vas a luchar contra alguno de nosotros, será contra mí.

Por el aire se propagó el sonido del acero al entrec chocar. El tipo era un remolino de movimientos flexibles y gráciles. Cada vez que su hoja caía como una guadaña sobre mi cabeza, casi esperaba que todo se fundiera a negro. Pero, de alguna manera, no sucedía. De alguna manera, me las arreglaba para alzar a tiempo la espada que le había arrebatado al otro. De alguna manera, me defendí.

Y justo cuando el guardián empezaba a acomodarse, cuando aquel depredador pensaba que por fin había tomado la medida de mis habilidades como luchadora..., dejé de contenerme.

Sus ojos se desorbitaron al ver lo que sucedía: cuando relajé la postura e interpose la espada para protegerme el rostro. El segundo en que le enseñé los dientes y me lancé contra él.

Por fin, habló. Apenas una palabra:

—Mierda.

No retrocedió ni un centímetro. Mantuvo la posición. Pero sabía que no iba a ser el tipo de lucha que había pensado. Entrechocamos los filos de nuestras armas y nos lanzamos con todo. Cada uno era consciente del precio que suponía perder aquella pelea.

Él era bueno. Muy bueno. Mis pies levantaban la arena mientras giraba y giraba, esforzándome constantemente para asegurarme de que no encontrara un hueco en mi defensa.

Él arremetió, intentando golpearme el costillar, pero yo le acerté en el antebrazo con el puño de la daga y le partí el hueso. Sin siquiera temblar, el muy cabrón agarró la empuñadura de la espada con la otra mano y me lanzó una lluvia de tajos que casi me pone de rodillas. Uno de sus embates me abrió un corte bajo la clavícula. Me recorrió una punzada ardiente de dolor.

Vi la sonrisa en las comisuras de sus ojos. Pensaba que me tenía. Y casi era cierto. Su espada cortó el aire, un golpe de revés que me sorprendió con la guardia baja, pero yo había entrenado para aquello. Él no era el único capaz de pensar rápido. Y desde luego no era el único capaz de moverse rápido.

Me dejé caer y rodé sobre mí misma, al tiempo que lanzaba un tajo ascendente con la daga. La hoja encontró su objetivo y todo acabó. Así de simple.

En un primer momento, no se dio cuenta. Se dio la vuelta y volvió a encararse conmigo. Fue entonces cuando intentó dar un paso al frente, sus piernas cedieron y comprendió que algo no estaba bien.

Yo había pensado dejar la daga hundida en su pierna. Eso le habría concedido otro instante para comprender que lo había matado. Pero, al final, el amplio tajo que le hice en el muslo fue más

misericordioso. Más rápido. La sangre rojo oscuro, color rubí, salió a borbotones de la herida que le había infligido y le corrió por la pierna. Él bajó la vista y la vio. Dejó escapar un resoplido de sorpresa. Y luego cayó de bruces sobre la arena, muerto.

Me subía y bajaba el pecho. Me esforcé por respirar, intentando silenciar el enloquecedor tamborileo de la sangre en mis oídos. Tenía que...

—Niña necia —dijo una voz fría. Era el capitán que les había ordenado a sus hombres que me apresaran. Se había apartado de Hayden y ahora centraba en mí toda su atención—. Admito que no te creía capaz de quitarle ese guantelete a un guardián, pero veo que me equivocaba.

Volví a concentrarme en la calle. La falange de guardianes que me clavaban la mirada, con las espadas alzadas. Y Hayden. Mi hermano pequeño. Me miraba con el rostro anegado en lágrimas, atontado ante lo que yo acababa de hacer.

—¡Corre, Saeris! —gritó—. ¡Vete!

Pero el capitán se echó a reír.

—Ni los cuatro vientos juntos podrían impedir que la alcance, chico. Acaba de matar a dos de los guardias de la reina y tulló a otro. Ya firmó su sentencia de muerte.

—¡No! ¡Deténganse! ¡Llévenme a mí! ¡Soy yo quien robó...!

Hayden se adelantó y se interpuso en el camino del capitán, que se limitó a darle un brusco empujón y arrojarlo a la arena.

—Para bien o para mal, te acaba de salvar la vida, despojo. No la malgastes poniéndole las manos encima a un guardián.

La falange entera se dirigió hacia mí y vi que el capitán estaba en lo cierto. Ya no iba a poder escapar de aquello. Me iban a atrapar. Me iban a matar por lo que había hecho. Pero mi hermano aún tenía una oportunidad.

—Estaré bien, Hayden —le dije—. Busca al viejo. Te dejará quedarte con él. Vamos, vete. Te prometo que iré a la hora de la cena. —Era una mentira descarada, pero cualquier falsa esperanza que pudiera darle era mejor que nada. Necesitaba que creyera que

todo aquello podría solucionarse de algún modo. De lo contrario, jamás haría lo que le pedía. Nos seguiría hasta las puertas, gritando, chillando y pidiendo que me liberaran—. ¿Acaso no me oíste? Ve a buscar al viejo, Hayden. Es importante. Ve con él. Dile lo que pasó. Tiene que saberlo.

El rostro de Hayden estaba cubierto de lágrimas.

—No pienso abandonarte.

—¡Haz lo que te digo por una vez en la vida! ¡Que te vayas, joder! No necesito tu ayuda. No quiero que me sigas y te pongas a balbucear como un niño que necesita que lo agarren de la mano todo el tiempo.

Palabras duras, pero a veces las crueldades que decimos sirven al mejor de los propósitos.

La furia ardió en los ojos de Hayden, tal y como yo había supuesto que pasaría. Apretaba la mandíbula y los brazos le colgaban a los costados. Había dejado caer mi bolsa a la arena.

—No sabía que fuera una carga tan grande —susurró.

—Pues lo eres, Hayden. Es lo único que has sido toda tu maldita vida. Así que déjame en paz. No me sigas. No me busques. ¡Vete!